

CUADERNO DE PARÍS*

PABLO MONTOYA

FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT, MEDELLÍN, 2006, 114 p.

LUIS JAVIER GONZÁLEZ TORO
stepen-wolf@live.com
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

RECIBIDO (15.02.2017) – APROBADO (22.03.2017)

DOI: 10.17533/UDEA.ELC.N41A14

Cuaderno de París es un libro compuesto por cincuenta poemas en prosa, en los que se narran las experiencias de un inmigrante latinoamericano en la capital francesa. Escrito en el 2002, este es un conjunto de textos que se asemejan a las bitácoras de un personaje afectado por el cambio de siglo e inmerso en una ciudad que no es precisamente la Medellín o la Barrancabermeja que tanto rememora. Montoya focaliza la narración de manera omnisciente, otras veces en primera persona u otras en segunda persona, como si tratara de dar a entender que siente la ciudad desde distintas perspectivas.

Desde el primer poema se representa a París como lo que es, en su contexto más crudo de suciedad, de erotismo, de vida nocturna y todo su pasado de miseria, asesinatos, democracia y sensualidad, por eso mismo se dice que la ciudad “era una muchacha insulsa y bella, dueña de una fragancia, mezcla de encanto y horror ineludible” (p. 11). Sería imposible que un lugar que arrastra tanta historia no tuviera esas características, con todo el lastre artístico y político que le dan sus próceres y mentores a lo largo del tiempo.

En ninguna de las situaciones que contextualiza este libro, como los encuentros con mujeres, se habla de otra cosa ajena al sexo o al deseo de contener el órgano sexual. Es como si la característica de la habitante encontrada por el narrador del texto llevara siempre a la fémica a querer explotar su corporalidad más íntima. Incluso la representación de ella también es explorada en este sentido. A Juana (de Arco) la imagina en “su desnudez de campesina tosca chapoteando en las lagunas [...] Tramaba briznas suspendidas en su angosta pelvis de musgo. Iluso yo que trastocaba las circunstancias de la

* Cómo citar esta reseña: González Toro, L. J. (2017). Reseña del libro *Cuaderno de París*, de P. Montoya Campuzano. *Estudios de Literatura Colombiana* 41, pp. 203-206. DOI: 10.17533/udea.elc.n41a14

historia” (p. 41). Es sugestivo que una mujer que luchó por una causa militar sea recordada de esa manera, y no en sus roles de militar o de sacralidad que la han fabulado en la tradición de su país.

La mujer en este libro es carente de voz audible o de sentir alguno. En todos los encuentros con el género femenino es poco lo que ella discurre o conversa. Se habla de una discoteca, *Lobotomía 2000*; allí aparece “la muchacha. Hola espejo, le digo. Hola poema. Hola vacío. Como una virgen me sonrío. Como una diosa. O una princesa. O una puta [...] Ella nada me responde” (p. 23). Es difícil concebir una mujer silente que cumple tantos roles a la vez, tanto así que nuestro espejo, nuestro otro yo, debería ser el sujeto que nos confronta o nos tolera. Y de nuevo una personificación “París [...] a veces permitía que dejara ir mis dedos por entre sus tetas revolucionarias” (p. 11). Esta alegoría no es gratuita debido al legado contestatario de ese país, al cual le atribuye el autor un aura femenino, quizá por mera justicia nominal o quizá por esa relación causa-efecto que tiene con el cuadro de Delacroix, en el que es la libertad la que guía al pueblo, o en su defecto porque la libertad siempre ha sido muda.

El sexo y las escenas eróticas siempre van acompañadas de un aspecto de jaleo desproporcionado. En París, el amor da lugar a los excesos, o viceversa. Lo cierto es que todo esto desenmascara lo más perverso y pueril del ser humano. Esta ciudad, a la que muchos han vanagloriado como la dueña de la luz, conoce a lo largo de la historia, gracias a sus artistas y escritores, aspectos de sublevación moral y social. La vida y el acto copulativo se ponen de manifiesto frente a la expiración y los entornos lúgubres y decadentes, la misma “muerte danzaba alrededor de las teas. Y se envolvía feliz en las lenguas rojizas. Envueltos en el miedo nuestros cuerpos copulaban una y otra vez en los rincones de esas moradas en penumbra. La peste. Ambos la sobrevivimos” (p. 32). No sabemos si la peste pueda ser la misma vida que se multiplica en el acto sexual, o en el hecho de permanecer en entornos de fenecimiento. Lo cierto es que sí representa un acto escandaloso que llama la atención.

Los poemas en prosa, que son la impronta del *Spleen de París*, dejaron toda una costumbre que hoy se sigue explorando, por eso es que la tradición del modernismo insiste en jugar con esas “monstruosidades” que el mismo Baudelaire escribió en su ánimo de hastío. Sobre una visita al cementerio, en *Cuaderno de París*, cuenta el narrador que vio a “las tres muchachas abuela, madre e hija acostarse sobre la estatua. Y restregarse el pubis contra el bultico

del periodista de mármol [...] es el amor [...] propio de los cementerios. Fornicar con las estatuas sin importar el tiempo y los testigos” (p. 45).

Según Montoya, anteriormente en París convivían la impudicia, la escoria y la criminalidad. Sin embargo, hoy la escoria no ha cesado, la criminalidad es constante y la impudicia es su principal bandera contra la moral.

Parece que a esta ciudad asistieran todos los que desean darle una resignificación a los sentidos. “Mis ojos eran mi nariz entonces” (p. 11), dice el narrador. *Cuaderno de París* es un orgasmo constante, un llamado a la sinestesia en sus niveles más altos, a palpar los olores, a hacer el amor con los ojos, también al alejamiento, a cierta indiferencia y cierto desdén de los problemas sociales y los conflictos actuales; el narrador cuenta que creía oír el eco de una gavota a lo lejos, lo que

en verdad [...] subía de las calles eran gritos. Prolongados gritos que familias de Malí hacían para pedir entrada en las fortalezas francas. Yo deseaba hundirme de nuevo en la delicia [...] Pero un olor a menstruaciones inagotables, a vómitos arrojados en los callejones, me empujaba a la otra orilla del sueño (p. 12).

Por ende, es un llamado al deseo y al erotismo en su sencillez más callejera y espontánea, acompañada de olvido y de cansada indiferencia.

El erotismo en *Cuaderno de París* es una constante que parece difuminar el pasado de un ciudadano latinoamericano. Hablamos de Colombia, lugar en el que la moral y la mojigatería rigen el pensamiento de un pueblo de mayoría católica. No en vano, el inmigrante y protagonista de estos poemas está deshaciendo esas posibilidades de cohibición y, en su vida en Europa, aprovecha para dar rienda suelta al instinto más visceral. Porque todo acto erótico que valga el sacrificio de ser vivido es una deconstrucción del aparato represor del moralismo, al menos en palabras de Octavio Paz. Razón para las ensoñaciones y los recuerdos del país que se quedó en la cordillera de los Andes, y que constituye el gran asidero para desarrollar esa narrativa que pretende burlarse de la cultura occidental.

La ciudad del amor que Montoya vive desde la cotidianidad es la que produce estos poemas de un desborde cultural, pasional e instintivo. Es una ciudad de extremos, de excesos; la libertad allí no se parece en nada a la del país de José Asunción Silva, otro romántico que bebió de la cultura francesa. En Colombia los literatos asisten “a la persecución de esa deforme libertad que corre empelota por entre la manigua. Soltando una menstruación inacabable. Y ríe y llora. Ganosa siempre de que le metan algo de patria por entre las piernas” (p. 87). Con el tiempo sabremos si esa libertad y esa autenticidad de

escritura se consigue siendo un eterno extranjero, algo que se ha hecho desde hace siglos, o si con la búsqueda de una hermenéutica o una mayéutica, las ciudades de este país podrán ofrecer la tan anhelada senda de nubes y estrellas, la realización de sueños o de pesadillas hechas poesía en esta tradición sin padre ni madre, ni hermano ni hermana.